



Dos Consignas Obligadas: unidad, amor

Hace unos días escuchábamos de labios de un Maestro Mundial de Sociología Religiosa, Monseñor Boulard, una expresión, que impresionaba doblemente en hombre tan comedido y preciso.

El mayor mal del catolicismo en la América Latina no es la escasez de sacerdotes: Es la anarquía de nuestros esfuerzos.

La lección coincide con toda la campaña apostólica del Padre Ricardo Lombardi.

Esta reflexión nos ha conmovido especialmente al sorprendernos en medio de nuestras meditaciones sobre la revolución.

Hemos disertado recientemente para los lectores de "SIC" sobre la urgencia de una revolución que reclama la juventud de Venezuela y de América Latina. Una revolución cristiana, con todas sus consecuencias en la transformación de las estructuras económicas, sociales, educacionales y políticas. Una revolución mucho más profunda y sincera que la revolución comunista.

La realidad es que hay dos revoluciones en marcha: la marxista y la cristiana. Todo lo demás —en la ruta de la evolución de la vida moderna— son cobertura precipitada y provisional de baches, sin llegar a la base del piso socavado y movedizo.

Por eso nos impresiona singularmente la reflexión de Monseñor Boulard y nos lleva al análisis de una clara deficiencia del sector cristiano. El bloque comunista luce bronceadamente cohesionado. Apenas apuntan leves disidencias de procedimiento entre Moscú y Pekín. En cambio el bloque cristiano parece haber olvidado dos consignas fundamentales de su Maestro: Unidad y amor: Que todos sean una sola cosa. Amos los unos a los otros. ¿Por qué negarlo? Estos mismos días estamos impresionados con el poder de asimilación de los comunistas, mientras asistimos a una deplorable proliferación de partidos políticos, asociaciones e iniciativas cristianas y democráticas.

LAS RAICES DE LA INEFICACIA

A veces se atribuye a la imprecisión de la Doctrina Social de la Iglesia la multiplicidad de las iniciativas cristianas. En primer término no existe tal impresión en las ideas. Por otra parte se olvida que la Doctrina Cristiana, como la doctrina marxista, son dos doctrinas y no programas de acción política, económica o social. Son un conjunto de principios filosóficos y normas morales.

De la doctrina marxista han nacido desde los socialistas moderados hasta los comunistas de la línea dura, como Stalin, como Mao-tse-tung. De la Doctrina Social Cristiana surgen desde los Círculos Obreros del Brasil hasta los Sindicatos Cristianos de Bélgica; y desde las democracias cristianas de tendencia centrista hasta los social cristianos de izquierda.

Se pregunta a veces: ¿Dónde está una perfecta realización social cristiana a la vista? Se podría preguntar de igual modo: ¿Dónde está una realización marxista totalmente ortodoxa?

Pero es un hecho que los Imperios Ruso y Chino —acoceando despectivamente preocupaciones de libertad y democracia— se han convertido en potencias absolutistas protectoras de un dogmatismo marxista retocado por Lenin: El marxismo-leninismo; con un celo muy superior a los reyes absolutos, católicos o protestantes, del siglo XVI. La Inquisición Es.

pañola de Felipe II o la fatídica Torre de Londres de Isabel de Inglaterra no pasan de ser vagas sombras de la férrea esclavitud dogmática que imponen Moscú y Pekín.

Al propio tiempo han resultado maestros consumados de la acción propagandística, ciertamente precedidos por otras dictaduras y particularmente por el Estado Totalitario de Hitler. Pero la verdad es que desde Moscú o Pekín se mueven con precisión asombrosa los resortes de la consignas de acción y propaganda, que afectan no solamente a los partidos comunistas internacionales, sino al vasto sector de sus organismos de fachada: Asociaciones de Mujeres, de Prensa, Artistas etc. En nuestros mismos días América Latina comprueba con asombro que en un mismo día se estampan en la prensa, se corean en las calles o se pintan en las paredes unas mismas consignas desde Santiago de Chile a México o Caracas. A esta matemática de la propaganda responde la austeridad de las auto-críticas y la severidad en el castigo de los calificados como traidores.

Frente a este bloque broncíneo luce inconexo el bloque cristiano. Algo, todavía muy elemental, se ha ganado en el orden de los movimientos políticos con la Alianza de los partidos demócratas-cristianos y en el orden sindical. En cambio las instituciones religiosas de carácter apostólico y social sobresalen con frecuencia por una anarquía individualista desalentadora. Nos resistimos a citar casos concretos. En un orden meramente político y democrático asombra la incapacidad de los exilados cubanos para formar un frente único.

Por eso evocamos con nostalgia la primitiva comunidad de Jerusalén de la que pudo escribir el autor de los Hechos de los Apóstoles que sus miembros eran un corazón y una sola alma; y el asombro de los paganos ante los mártires de la Iglesia en el Imperio Romano: Mirad cómo se aman.

Eran en efecto las dos características que en su patética despedida quería el Señor para sus discípulos, para su Iglesia: Padre, decía el Maestro, no te pido los separes del mundo. Te pido —ut sint unum— que sean una misma cosa. Y con la ternura de la despedida imprecaba a sus discípulos: Hijitos: En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros.

¿Podríamos afirmar que son estas: Unidad y amor, las dos características de las organizaciones cristianas de nuestros días?

DIFÍCIL PEDAGOGÍA

Es muy cierto que algunas características del comunismo son fruto de la tiranía y del más férreo despotismo. Y porque ofenden de raíz los derechos naturales del hombre y su más estimado tesoro, el de la libertad, tienen en sí el germen de su ruina.

A los cristianos nos toca concordar: Libertad y eficacia; iniciativa privada y cohesión. Lograrlo supone una difícil pedagogía. Aún en sectores selectos y reducidos ¡ideal harto sutil y escasamente alcanzado. Pero el único camino dada nuestra doctrina de que las ideas no se imponen por la fuerza, sino por la persuasión.

Todo esfuerzo por inocular en las huestes juveniles cristianas la preocupación de la unidad es poca. Sin embargo, aún en un sentido más universal de las Iglesias disidentes, es uno de los puntos del programa de Juan XXIII al convocar el Concilio.

EL CENTRO DE CONVERGENCIA

Según Monseñor Boulard los resultados de la Sociología Religiosa, están aconsejando nuevos rumbos al apostolado de la Iglesia moderna. La unidad diocesana resulta excesivamente amplia. La unidad parroquial excesivamente pequeña para asimilar la vida interdependiente de las grandes ciudades. Tal vez ha de sucederles la unidad urbana y a las actividades globales sobre la masa, los apostolados especializados en sectores uniformes. Se siente el revivir del apóstol laico junto al sacerdote, supliéndolo muchas veces, completándolo en todo caso: el obrero, apóstol del obrero; el profesional, apóstol del profesional.

El secreto está en la convergencia de los apostolados especializados. Y el centro de convergencia ha de ser el Obispo.

Pero entramos en un tema de inmensas proyecciones, que podría ser objeto de una expresa exposición.

En este punto de nuestras meditaciones sobre la revolución evoquemos, en forma de epifonema, las dos consignas cristianas: Unidad y Amor.

Revolución, sin unidad. Imposible.

Revolución, sin amor. No sería revolución cristiana.

M. A. E.